

023. Jesucristo, ¿cómo eres Tú?

No se practica hoy entre nosotros un Retiro espiritual, un Encuentro, un Cursillo, en el que no se exponga una meditación con este tema: *Quién y cómo es Jesucristo*. Es un tema fundamental y algo de suma importancia. Porque nuestra manera de ser y de portarnos con Jesucristo van a depender del modo como lo tenemos en nuestra mente: ¿qué pensamos de Él, cómo era, cómo es, cómo nos trata?...

Éste es también el tema de nuestra reflexión en este día. Para que Jesucristo nos ilusione, para que no le tengamos miedo, para que nos arrastre, para que se centren en Él todas nuestras ilusiones.

Empezamos por decir que no ha habido más que un Jesús y que no habrá otro igual. Es curiosa, y muy profunda, la afirmación de Rousseau. Este pensador y escritor francés fue el promotor intelectual de la Revolución Francesa. Se dice que era más malo que el mismo Voltaire, aunque con formas más discretas. Le tocó ver, en pleno siglo dieciocho, los primeros brotes del Racionalismo, que empezaba a negar la existencia misma de Jesús. Jesús habría sido un mito, y nada más. Pero Rousseau, muy inteligentemente, replicó con estas palabras que sintetizan su pensamiento:

- *¿Inventarse un genio como Jesús? El inventor tendría que ser un genio mayor que Él. Y este genio no ha existido.*

Rousseau sería todo lo impío que queramos. Pero esta su afirmación y confesión a lo mejor le valió mucho en el tribunal de Dios...

Nos encontramos, ante todo, con un Jesús excepcional por su **inteligencia**. Una imaginación vivísima. Una percepción de las cosas rápida. Las discusiones con sus enemigos lo prueban a cada momento. Les deja sin palabra a la primera:

- *Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios... ¡Os equivocáis, por no entender las Escrituras!... ¿Que quién es tu prójimo?... Mira. Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó... E improvisa una parábola genial e inmortal.*

Los guardias del Templo enviados para arrestarlo, contestan a los Jefes: *¡No lo traemos! Y dan como razón: Nadie ha hablado jamás como este hombre.*

Su inteligencia va acompañada por un **poder** irresistible. Al lago enfurecido le conmina: *¡Calla! ¡Enmudece!*, y el viento que cesa y las olas que se calman... Con el leproso: *Si quieres, puedes limpiarme*. Y lo cura con sólo decir: *Quiero. Queda limpio*.

Pero, más que el poder sobre los elementos y las enfermedades, está su poder moral: echar del templo, látigo en mano, a todos los negociantes —*¡Fuera de la casa de mi Padre!*—, y que todos se marchen callandito..., es un milagro como pocos.

Jesús une a este poder un **carácter** de hierro. No se doblega por nada ante el deber. No tiene ningún miedo. A los que le buscan en el Huerto, les dice sereno: *Sí, yo soy. Aquí me tenéis. ¡Pero, cuidado con tocar a estos mis discípulos!* Ante la asamblea judía: *Si, yo soy el Cristo, el Hijo de Dios!* Y ante Pilato, sin medias tintas: *Sí, yo soy rey*, sabiendo que en uno y otro caso, firma su sentencia de muerte. A Herodes, adúltero y asesino impenitente, ni le mira la cara, después de haberle llamado: *Ese zorro...*

Pero, sobre todas las cualidades de este hombre sin igual, campea el **amor**. Nadie en el mundo ha amado como Jesús, y, a su vez, nadie ha sido ni será tan amado como Él. Todo el Evangelio está lleno de testimonios.

Empezando por los niños, que le vuelven loco de alegría. Cuando dice *¡Dejad que los niños vengan a mí!*, lo suelta como una regañada seria a los discípulos que se lo prohibían. Y los niños, con ese instinto tan suyo para adivinar quién los quiere, se le echan encima y no se le sueltan hasta que los bendice y los devuelve felices a las mamás...

Jesús ama a la mujer con un afecto y una caballerosidad inigualables. Basta escuchar aquel *¡María!*, con que se dirige a la de Magdala mientras ella le besa los pies sin quererlos soltar. Con las de Betania es único, cuando come con placer lo que Marta le ha preparado y se deja ungir con perfume por María...

Siente también un amor irresistible por los jóvenes, como por aquel a quien miró tan profundamente, y por Juan, el discípulo más querido, a quien deja recostar la cabeza sobre su pecho en aquella cena última... Ama —¡y de qué manera!— cuando otorga el perdón más generoso a la de Samaría, a la prostituta y a la adúltera, a Zaqueo y al ladrón, a Pedro que llora a mares...

Este es Jesús, nuestro Jesús.

El Hijo de Dios, Dios verdadero, que ha echado su tienda de campaña entre nosotros.

El Niño encantador de Belén, que se gana todos los cariños y arranca miles de besos.

El muchacho y obrero de Nazaret, querido de todos.

El predicador incansable del Reino por las ciudades y poblados de Galilea.

El héroe de Jerusalén, donde lucha a brazo partido con sus adversarios rebeldes, el que muere en la cruz por nuestra salvación, el que resucita glorioso y nos arrastra en pos de Sí al Cielo.

El que ahora en ese su Cielo nos sigue dando su Espíritu Santo e intercede por nosotros ante el Padre, al que muestra sus Llagas gloriosas intercediendo siempre en nuestro favor.

Jesús tiene la mirada clavada en cada uno de nosotros, y su Corazón está volcado sobre el nuestro.

Pablo, que lo sabía muy bien, tenía toda la razón al maldecir a quien no amara a Jesús, Dios altísimo e inefable, y Hombre hermano nuestro, que nos quiere con pasión...